

CRÓNICA BIBLIOGRÁFICA

Elías TRABULSE
El Colegio de México

Habiendo discurrido entre mí del número grande de los libros, y de lo que va creciendo, así por el atrevimiento de los que escriben, como por la facilidad de la imprenta, con que se ha hecho trato y mercancía, estudiando los hombres para escribir, y escribiendo para granjear con sus escritos, me venció el sueño...

DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO

EL 18 DE AGOSTO de 1939 don Alfonso Reyes, entonces presidente de la recién fundada Casa de España en México, le dirigía un memorándum a don Lázaro Cárdenas, entonces presidente de la república, donde, entre otros asuntos, le informaba acerca de las publicaciones realizadas hasta esa fecha por la institución a su cargo. Don Alfonso mencionaba cinco obras, las cuales ofrecía al primer mandatario de la nación como una prueba más de que la fundación de la Casa había sido una atinada medida que ya empezaba a rendir sus frutos. Ciertamente la labor no había sido fácil, ya que a pesar de que tanto don Alfonso como don Daniel Cosío Villegas habían tenido un particular interés en llevar a las prensas los sudores intelectuales de los miembros de la Casa, casi todos ellos españoles transterrados, las dificultades editoriales y económicas eran grandes (el presupuesto de 1939 para todas las publicaciones era de treinta y cinco mil pesos). Ya en el boletín número 1 del 20 de junio de 1939, después de reseñar las "actividades actuales de la Casa de España" entre las que estaban los cursos y seminarios impartidos por Enrique Díez-Canedo, José Gaos, Agustín Millares Carlo y Luis Recaséns Siches, había hecho mención don Alfonso Reyes, con una prosa aséptica que le debió costar enorme

esfuerzo, de las publicaciones que estaban por engrosar la amplia bibliografía nacional: Enrique Díez-Canedo aparecía con *El teatro y sus enemigos*; Juan de la Encina con *Goya — Su mundo histórico y poético*; José Moreno Villa con *Locos, enanos, negros y niños palaciegos de los siglos xvi y xvii*; Adolfo Salazar con *Música y sociedad en el siglo xx*, y María Zambrano con *Pensamiento y poesía en la vida española*. Asimismo anunciaba sus *Capítulos de literatura española* (Primera serie). Del modo como estas obras lograron ver la luz nos dio noticia el mismo don Alfonso en su informe de labores del año de 1939, donde decía:

Para las publicaciones que constan en el índice, a medida que se ha desarrollado nuestra actividad editorial, ha habido que adquirir tipos especiales, de que carecían las imprentas de México. La actividad editorial de La Casa de España ha sido gobernada y administrada por el Fondo de Cultura Económica. Entre las obras publicadas o por publicar hay autores mexicanos no miembros de La Casa de España, a quienes especialmente se ha pedido algún libro.

En la empresa editorial de estos primeros años, de lo que después de 1940 sería conocido como El Colegio de México, desempeñaron un papel de primera importancia los españoles recién llegados a tierras indianas. Cuenta aparte de su labor docente, que fue amplia, y de sus múltiples traducciones de obras que difícilmente hubiesen podido ver la luz en nuestro país, sus obras históricas, científicas, filosóficas, bibliográficas, antropológicas, literarias o de crítica de arte son numerosas y forman quizá el mejor legado de España a México en lo que va del siglo. Al acogerse a la Casa de España casi todos ellos dieron lo mejor de sí y algunos de ellos lograron formar escuela. Así, de las 112 obras registradas en el primer catálogo de publicaciones de El Colegio, aparecido en 1945, un 56% lo formaban obras escritas o traducidas por españoles emigrados. Ciertamente algunos de esos libros habían sido elaborados casi en su totalidad en España y acá sólo fueron completados, retocados e impresos. Algunos de los manuscritos originales (como el

de la traducción hecha por el doctor Gaos de las *Meditaciones cartesianas* de Husserl), fueron materialmente rescatados después de varias peripecias. Otros como el de los *Locos, enanos, etc.*, de Moreno Villa vinieron en estado fragmentario y aquí fueron completados. El libro de Adolfo Salazar titulado *La música en la sociedad europea*, obra verdaderamente monumental, también fue terminada en México. El sapientísimo don Agustín Millares Carlo con las prisas de la salida de España dejó en Valencia su *Ensayo bibliográfico de la imprenta en Barcelona en el siglo xvi*, obra que le mereció un premio de la Biblioteca Nacional de Madrid. Sin embargo, con los materiales que alcanzó a empacar logró publicar en 1941 sus *Nuevos estudios de paleografía española*. Por otra parte, no todo fue escribir e imprimir; era necesario publicar no sólo buenas obras sino publicarlas a tiempo. Don Alfonso elaboró no menos de quince informes y cartas donde aludía a la inminente, próxima, inevitable y esperada aparición de los *Locos y enanos* de Moreno Villa, que no aparecían por ningún lado. Don Daniel le reclamaba a Jesús Bal y Gay el atraso en la entrega del prólogo al bellissimo *Cancionero de Upsala*. Había, además, que justificar la actividad "social" de La Casa. Don Alfonso Reyes, apuradísimo, prometía al supremo gobierno que el maestro Gaos traduciría directo del alemán las obras completas de Marx. Aparecían, en ediciones breves bautizadas como *Jornadas*, estudios sobre la guerra, la demografía y la economía.

Por otra parte la carencia crónica de fondos suficientes para hacer sobrevivir al Fondo (que editaba y distribuía los libros de El Colegio), hacían que por la falta de personal su empeñoso director y su esposa doña Emma Cosío Villegas tuvieran que corregir y revisar galeras, planas y contras de las ediciones, de tal manera que el nombre de don Daniel aparece en colofones de libros de filosofía o literatura. Obras como *La crítica en la edad ateniense* de Alfonso Reyes o *Música y sociedad en el siglo xx* de Adolfo Salazar pasaron por el ojo inquisitivo del don Daniel corrector de pruebas. Desconocemos, pero adivinamos, los problemas que debieron afrontar los fundadores de El Colegio por carencia

de recursos y no podemos menos de aquilatar y reconocer su labor.

Desde 1940 el número de publicaciones creció notablemente. Ese año el prolífico Joaquín Xirau dio a la estampa una bella obra titulada *Amor y mundo*, que hace recordar en ciertos aspectos la obra de Denis de Rougemont, *El amor y el Occidente*. Xirau intentó realizar en esa obra lo que podríamos llamar una fenomenología del amor como el elemento fundamental de la historia de la cultura. Hacía partir su estudio de la visión grecorromana y cristiana del amor hasta llegar a nuestros días, para pasar después a un análisis profundo de lo que el amor significa —o significaba en 1940— para el hombre contemporáneo. En ese mismo año, publicó el doctor Gaos un breve opúsculo titulado *La filosofía de Maimónides*, a quien le había dedicado algunos estudios desde antes de venir a México y cuando todavía era un joven maestro universitario. Se dice que en cierta ocasión un grupo sindical bastante numeroso y de tendencias izquierdistas bien definidas invitó al doctor Gaos, como experto en Marx, a dar una conferencia. Al llegar al amplio recinto, el secretario general le preguntó al doctor cuál sería el tema de su arenga a lo que éste respondió que sería acerca de la filosofía de Maimónides. Entonces el secretario, haciendo callar al auditorio, le informó que a continuación el compañero Gaos haría una amplia y detallada exposición de la filosofía del “camarada Maimónides” y de su teoría de la lucha de clases...

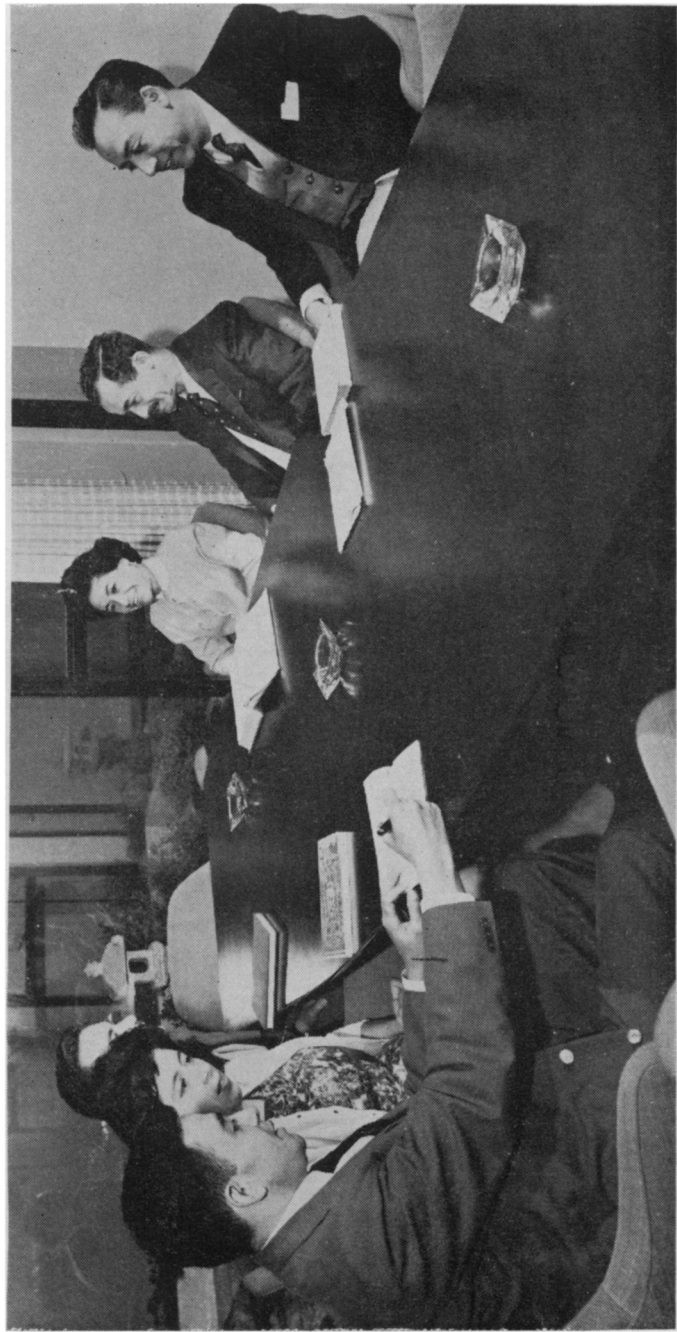
También en 1940, José Moreno Villa publicó su agudo análisis de nuestras costumbres, mitos y tabús al que intituló *Cornucopia de México*. Esta fina sátira, a la que su autor llamaba modestamente un “librito de mirón”, probablemente sea uno de los mejores cuadernos costumbristas del México de la primera mitad del siglo xx, sólo comparable quizá a *Los mexicanos pintados por sí mismos* de mediados del siglo anterior.

Desde 1941 hasta 1945 apareció la colección de textos clásicos de filosofía, hecha en colaboración con maestros de la Universidad de México tales como los doctores Edmundo

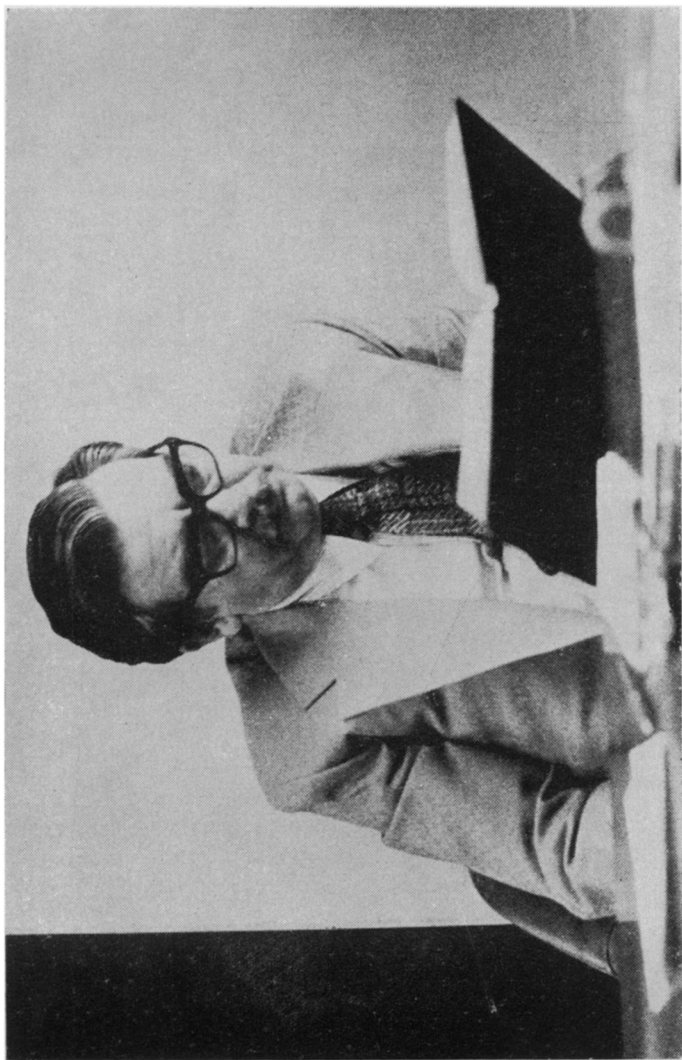
O'Gorman y Eduardo Nicol. Aparecieron así *Los presocráticos* en edición de Juan David García Bacca, *Las cuestiones académicas* de Cicerón traducido por Millares Carlo, los *Diálogos sobre religión natural* de Hume y la *Teoría de los sentimientos morales* de Adam Smith, ambos en traducción de O'Gorman y con introducciones de Nicol. Eugenio Ímaz le hizo una introducción a la *Filosofía de la historia* de Kant y José Carner realizó una ilegible e incomprensible traducción de la *Ciencia nueva* de Vico. Ese año el maestro Gaos publicó con traducciones directas su *Antología de la filosofía griega*. Esta obra se reimprimió en 1968.

En el año de 1943 el sabio y erudito don Juan B. Iguíniz imprimió sus *Disquisiciones bibliográficas* donde, soltándose la pluma, redactó en un estilo ameno muy lejano de la descarnada prosa del bibliógrafo varios estudios entre los que se encuentra la interesante historia de los avatares por los que pasó la *Carta guadalupana* de García Icazbalceta. Ahí dejó don Juan delineados con fina ironía los retratos de los protagonistas de la querrela: Paso y Troncoso, Agreda, Fortino Hipólito Vera, el mismo don Joaquín y ese pintoresco *homo maledicus*, el presbítero Vicente de Paula Andrade.

Los trabajos de historia o crítica del arte que publicó El Colegio entre 1939 y 1949 forman una importante contribución a estos estudios en nuestro país. El erudito musicólogo Jesús Bal y Gay imprimió en 1939 sus *Romances y villancicos españoles del siglo xvi* y en 1944 dio a la estampa una de las más espléndidas obras impresas por El Colegio, el *Cancionero de Upsala*, prologado, anotado y comentado por Rafael Mitjana. En 1941 Otto Mayer-Serra abrió brecha con su *Panorama de la música mexicana desde la independencia hasta la actualidad*, que, salvo el estudio de Gabriel Saldívar, era el primer intento de historiar seriamente el rico patrimonio musical de este país. En este mismo campo de la historia de la música trabajó Adolfo Salazar. Sus numerosos libros son la antítesis de un trabajo monográfico. Debíó de ser hombre de profundo saber para quien la historia formaba una unidad no importándole el "área", el "what



Reunión de profesores en el CEH: Eduardo Blanquel, Josefina Z. Vázquez, Luis González, Berta Ulloa, Luis Muro y Moisés González Navarro (1961)



Luis González

is your field?" que actualmente se estila. Su obra es un paseo por la cultura humana y no sólo por su música. Aquí y allá aparecen notas, comentarios, digresiones que nos alejan del tema vertebral. Lejos de ceñirse al asfixiante cerco que impone la monografía, Salazar viaja por múltiples tópicos vengan o no a cuento, pero sin perder nunca profundidad. Su obra es una enciclopedia de la cultura que debe ocupar un alto escaño entre las obras históricas producidas en nuestro país en los últimos cincuenta años.

La pintura, la escultura y la arquitectura mexicanas dieron origen también a valiosos estudios. Juan de la Encina publicó en 1943 su libro *El paisajista José María Velasco — 1840-1912*, que es un análisis no sólo de la pintura de paisaje de este autor, sino del tema "paisaje" de la pintura europea contemporánea. El ojo perspicaz de José Moreno Villa corrió a gusto por nuestro arte de las épocas colonial e independiente. Fruto de sus observaciones y estudios, fueron sus trabajos, llenos de agudas interpretaciones, a los que tituló *Lo mexicano en las artes plásticas y Escultura colonial mexicana*. En Moreno Villa observamos la intuición y la vivencia de una realidad más que un conocimiento sabio y erudito de esa realidad; en ello contrasta con Salazar quien nos parece más de "libros" que de "vida". Moreno Villa fue un fino estilista —dígalos si no su *Autobiografía*—, emotivo y sensitivo, de prosa delicadamente burilada. Quizá uno de los mejores prosistas no de oficio que hayan sido acogidos por El Colegio. Por último, es pertinente mencionar el estudio histórico y estético de Gonzalo Obregón sobre *El Real Colegio de San Ignacio de México*, hecho a base de fuentes documentales de primer orden y con un amplio conocimiento del tema.

La mano de don Alfonso Reyes se deja entrever en las numerosas ediciones de poemas y ensayos que se imprimieron entre 1939 y 1955. Con el pie de imprenta de la Casa de España primero y con el de El Colegio después aparecieron textos de León Felipe, de Xavier Villaurrutia, de Juan José Domenchina, de Benjamín Jarnés, de Enrique Díez-Canedo y también de Manuel Calvillo, quien fuera secreta-

rio de El Colegio, lo que no fue óbice para que imprimiera una excelente colección de poemas que intituló *Primera vigilia terrestre*. Dentro de la editorial Tezontle (nombre de batalla de una misteriosa editorial que trabajaba con los sobrantes de papel del Fondo de Cultura Económica y con las aportaciones intelectuales y pecuniarias de los autores de los libros), aparecieron varias obras de don Alfonso Reyes, de Octavio Paz, de Juan José Arreola y de Carlos Pellicer entre otros. En 1950 El Colegio realizó una hazaña que no ha vuelto a repetir: publicó la rarísima *Ortografía castellana* de Mateo Alemán, cuya primera edición había sido impresa en México en 1609. Esta obra fue, en primer lugar, muy difícil de conseguir completa y en buen estado, y en segundo lugar hubo que imprimirla usando tipos que no existían en las imprentas. La edición la preparó José Rojas Garcidueñas. Entre 1944 y 1948 Alberto Jiménez publicó su trilogía sobre la historia de la universidad española desde la edad media hasta principios de este siglo.

El balance bibliográfico de los doce primeros años de El Colegio resultaba bastante halagador: 163 libros publicados por la institución amén de colaboraciones en revistas y de publicaciones hechas en otras casas editoras. Por otra parte, para permitir que se publicaran el mayor número posible de obras de los investigadores y estudiantes de El Colegio y debido a lo restringido del presupuesto, don Alfonso Reyes, don Daniel Cosío y don Silvio Zavala optaron por hacer gemir las prensas de otras editoriales. Los numerosos trabajos de ellos tres, por paradójico que nos parezca, fueron impresos fuera de la institución a la que más tiempo y esfuerzo dedicaron sea en la administración, sea en la docencia.

Ya desde 1947 Enrique González Casanova había hecho una evaluación de la labor de El Colegio. En un artículo que publicó en el suplemento de El Nacional y al que tituló "El Colegio de México, hogar de cultura", hacía un repaso somero de las actividades de la institución, de sus logros y limitaciones, de las promociones de estudiantes y de los planes de estudio, y al referirse a la labor editorial expresaba lo siguiente:

Para hacer más generalizado el aprovechamiento de los frutos que se han obtenido en este renovado empeño de trabajar por la cultura, El Colegio de México ha mantenido una amplia labor editorial. Se han publicado así obras de Alfonso Reyes, de crítica e historia literaria, una de ellas, *La crítica en la edad ateniense* le mereció el Premio Nacional de Literatura; Joaquín Xirau publicó en ediciones de El Colegio varios de sus más importantes trabajos filosóficos, y como ellos muchos otros profesores y estudiosos mexicanos y extranjeros. También alcanzan la publicidad las mejores tesis o trabajos de investigación realizados por alumnos de El Colegio.

En efecto, para 1948 El Colegio había publicado un total de 151 obras de las cuales 61 o sea un 40.3% eran investigaciones históricas o se relacionaban con asuntos históricos. En 1950 Víctor Adib publicaba en el suplemento literario de *Novedades* una nota donde hacía un balance con saldo positivo de la labor pedagógica, editorial y de investigación de la institución en la que había estudiado.

BIEN CONOCIDA ES la famosa querrela entre historicistas-relativistas y positivistas-cientificistas que surgió en nuestro medio allá por los años cuarenta, diez años y pico después de la sostenida en los Estados Unidos por Charles Beard y Carl Becker sobre el mismo tema. Las sesiones de junio de 1945 para discutir el problema de la verdad histórica eran un síntoma de hasta dónde habían calado hondo las enseñanzas de los filósofos transterrados. A aquellos historiadores que alguna vez oyeron al doctor Gaos exponer a Kant, a Hegel o a Heidegger les resultaba difícil sustraerse al seductor arte de cuestionar la validez del conocimiento histórico. Casi todos los estudiosos del pasado nacidos entre 1890 y 1930 fueron alcanzados por ese escepticismo que llevó a algunos hasta la parálisis intelectual. Se cuestionaba el modo de conocer el pasado y el valor de ese conocimiento; se decía que el relato histórico era parcial por incompleto y por tanto no era totalmente verdadero; se insistía en distinguir a la historia de las ciencias de la naturaleza y, en suma, se afirmaba el valor unívoco de la interpretación personal

del pasado. Subjetivismo y objetivismo acaso se extremaron en las discusiones públicas o privadas, pero ello no trascendió demasiado a los libros que unos y otros escribían. Quizá sepamos de la querrela sólo por los recuerdos personales de los que en ella intervinieron directa o indirectamente, como polemistas o como discípulos de unos y otros. Las obras que escribieron difícilmente dejan traslucir los tópicos más álgidos del debate.¹ Casi veinticinco años después se replanteó el problema en una sesión llevada a cabo en El Colegio en abril de 1969. En ella maestros y discípulos replantearon—ahora con motivo de la validez de la historia cuantitativa—el inagotable temario que, probablemente y a la postre, resulte totalmente insoluble. Se repitieron los argumentos de antaño, sólo que aquellos que en 1945 llamaron “tradicionalistas” a los positivistas, fueron a su vez tratados de “tradicionalistas” por los neocientíficos. Quizá pueda algún día escribirse una historia del pensamiento histórico tomando como punto de inflexión entre una tendencia y la siguiente el momento en que los de la nueva corriente califican a sus predecesores de “tradicionalistas”.

Por otra parte las obras publicadas por el Centro de Estudios Históricos desde su fundación en 1941 han abarcado tantos temas y de tan diversa índole que una generalización tendiente a dilucidar las inclinaciones ideológicas de un autor no deja de ser riesgosa y es probable que resulte más o menos alejada de la verdad. Lo que sí es incuestionable es que los autores han buscado siempre ceñirse a una metodología rigurosa.

A grandes trazos podemos distinguir tres etapas en la historia de los libros publicados por el Centro de Estudios Históricos. La primera etapa, que abarcaría de 1941 a 1953 aproximadamente, incluiría buena parte de las obras sobre historia de las ideas, historia de las instituciones e historia

¹ Alvaro MATUTE: *La teoría de la historia en México — 1940-1973*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974 [SepSetentas, 126]. Vid. la introducción y los documentos reunidos bajo los números 1, 3 y 7.

de la historiografía. La segunda etapa comprendería de 1954 a 1966 y abarcaría las colecciones documentales y algunos trabajos de historia política. La tercera etapa que va de 1967 hasta 1976 comprendería las obras de la "Nueva serie" de historia y los trabajos en equipo realizados bajo la dirección de miembros del Centro.

El seminario de historia de las ideas que dirigía el doctor Gaos produjo obras de indudable valor y que probablemente no han sido superadas todavía. Se caracterizaron por ser obras que abordaban temas casi nunca o nunca explorados hasta entonces por los historiadores de nuestra cultura. Fueron todos ellos trabajos individuales que intentaban aclarar un poco el desdibujado panorama de una época determinada de nuestro pasado intelectual. Sus autores aventuraban algunas hipótesis en cuanto al "clima cultural" de una época, hipótesis que podrían a su vez servir de puntos de partida para interpretaciones más generales. Los miembros del seminario exploraron ricos fondos documentales que hasta entonces habían permanecido casi intocados. En todos ellos se dejó sentir la influencia directa o indirecta del director del seminario.

En 1943 apareció una obra colectiva presentada por el doctor Gaos y titulada *Del cristianismo y la edad media*. Contenía trabajos de Leopoldo Zea, Edmundo O'Gorman, José Luis Martínez, Tomás Gurza y Antonio Gómez Robledo entre otros. De particular interés resulta el análisis hecho por O'Gorman de la crónica medieval titulada "La destrucción de Jerusalem". El artículo de Gurza, que intentó establecer un paralelo entre las ideas directrices de la catedral gótica y de la *Suma teológica* merecería ser reimpresso dado el cúmulo de ideas sugestivas que contiene.

Entre 1943 y 1949 Leopoldo Zea dio a la impresión varias obras salidas de su prolífica pluma. Primero apareció *El positivismo en México*, después *Apogeo y decadencia del positivismo en México* y por último *Dos etapas del pensamiento hispanoamericano — Del romanticismo al positivismo*. Con una perspectiva histórica original y personal, Zea intentó explicar las condiciones sociales y políticas del últi-

mo tercio del siglo XIX y primeros años del XX y relacionarlas con la filosofía imperante en esos años. En la última de las tres obras mencionadas Zea retrotraía unos decenios el tema de su investigación a efecto de enfocar la ideología liberal y ampliaba el espacio de su investigación a toda Hispanoamérica. Analizaba los pensadores más sobresalientes de cada país y ponía en relieve su ideario mostrando a continuación los puntos comunes que guardaban con otros ideólogos hispanoamericanos. En 1945 la portorriqueña Monelisa Lina Pérez Marchand publicó una obra que llevaba por título *Dos etapas ideológicas del siglo XVIII en México a través de los papeles de la inquisición* (el tema de las "dos etapas" siempre fue caro al maestro Gaos). La autora se animó a explorar el ingente material que bajo el rubro de *Inquisición* custodiaba el Archivo General de la Nación y aunque sólo analizó la documentación correspondiente al periodo al que dedicó su estudio, su labor fue casi exhaustiva. Es difícil aún hoy, treinta y un años después de publicado el libro, estudiar la difusión de las ideas ilustradas en México en la segunda mitad del siglo XVIII sin consultar el libro de Pérez Marchand. Don Alfonso Reyes lo tenía en alta estima y a juzgar por las notas y apostillas que le puso a su ejemplar lo consultaba a menudo. El apéndice de la obra contiene valiosa información y hace interesantes referencias a libros y documentos. Tres años después de la aparición de este libro, vieron la luz dos obras que estudiaban sendos temas relacionados también en forma más o menos directa con el siglo XVIII. Bernabé Navarro, después de leer y analizar una cantidad impresionante de manuscritos filosóficos de los siglos XVII y XVIII escribió lo que primero sería su tesis de maestría y luego el libro *La introducción de la filosofía moderna en México*. Las figuras de los jesuitas Abad, Alegre y Clavijero, entre otros muchos, fueron estudiados desde un ángulo distinto. Incluso cabría mencionar que algunas de sus fuentes —todas ellas de primera mano— fueron descubiertas por el autor, por ejemplo la *Physica particularis* de Clavijero. El abocarse al estudio de herejías y heterodoxias, que parecían ser de su agrado, llevó a Pablo González Casanova

a escribir dos libros de indudable interés y relacionados con un tema común. Al primero lo tituló *El misonéismo y la modernidad cristiana en el siglo xviii* y al segundo, publicado diez años más tarde, *La literatura perseguida en la crisis de la colonia*. El primero versaba sobre la resistencia de ciertos grupos a aceptar el ideario ilustrado; el segundo es una bella y bien escrita descripción de los documentos proscritos por oler a heterodoxia y que fueron condenados por la inquisición. González Casanova analizó la poesía mística, la oratoria sagrada, el teatro religioso, las canciones, los bailes, la sátira popular, etc. De esta última había ya publicado en 1953 en compañía de José Miranda una amena colección de textos todos ellos rescatados del rico fondo de la inquisición. Ese mismo año González Casanova había publicado en El Colegio su estudio monográfico *Una utopía de América*, que analizaba una interesantísima figura del siglo xix: la del científico y filósofo Juan Nepomuceno Adorno, autor de una enjundiosa obra que lleva por título *La armonía del universo*. Este libro, que alcanzó a ser traducido al inglés, es uno de los pocos tratados aparecidos en México que puede ser inscrito dentro de la corriente utópica. En el año de 1949 Olga Victoria Quiroz Martínez dio a las prensas su tesis también de maestría a la que había titulado *La introducción de la filosofía moderna en España*. La señorita Quiroz analizó la resistencia peripatética a la difusión de las nuevas teorías tanto filosóficas como científicas y el fenómeno subsecuente del eclecticismo. La importancia de este erudito estudio puede justipreciarse por las numerosas referencias que aluden a él en los actuales trabajos de historia de la ciencia española, sobre todo para el periodo 1650-1750. Fruto de sus lecturas de nuestros historiadores fue la obra de Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, aparecida en 1950. En ella —y siguiendo un método muy favorecido por Gaos— su autor fue analizando las diversas imágenes del indio que iban desprendiéndose de las diversas crónicas e historias de nuestro pasado. Dos obras más aparecieron en los años subsecuentes, la de Patrick Romanell y la de María del Carmen Rovira, que conviene añadir a la lista de obras

de historia de las ideas publicadas por El Colegio. También cabe incluir los trabajos de Eugenio Imaz sobre Dilthey al cual, además, tradujo íntegro a nuestra lengua.

A esta primera etapa pertenecen también los estudios de historia de la historiografía mexicana que, a decir verdad, ha sido poco cultivada entre nosotros. Bajo la dirección de Ramón Iglesia, transterrado que fue maestro en El Colegio de 1941 a 1945, se inician algunos trabajos de investigación historiográfica. Este entusiasta propagandista de la musa Clío y aparente enemigo de la ciencia Clío, publicó en 1943 *Cronistas e historiadores de la conquista de México — El ciclo de Hernán Cortés*, donde emprendía un análisis de las obras históricas de algunos autores que se referían a la conquista. Es un libro bien escrito, estupendamente estructurado y que revela en su autor un profundo conocimiento del tema. Iglesia —junto con Alberto M. Salas que publicó en 1959 su obra *Tres cronistas de Indias*— inauguró la crítica historiográfica mexicana del siglo xvi. En 1944 agrupó una serie de trabajos elaborados entre 1929 y 1943 y los publicó con el título de *El hombre Colón y otros ensayos*. Esta obra lamentablemente no contó con el éxito editorial de su predecesora pese a que contenía interesantes trabajos sobre Bernal Díaz del Castillo y sobre Sigüenza y Góngora. Una de las mayores contribuciones de El Colegio a la historia de la historia fue sin duda la obra *Estudios de historiografía de la Nueva España* coordinada por Iglesia y aparecida en 1945. La formaban una serie de siete monografías centradas en las narraciones que de la conquista hacían algunos clásicos de nuestra historiografía. Cabe señalar como los más relevantes de entre ellos el de Hugo Díaz-Thomé sobre Cervantes de Salazar, el de Ernesto de la Torre sobre Dorantes de Carranza y el de Julio le Riverend sobre Clavijero. En 1948 el doctor Silvio Zavala dirigió otra obra colectiva sobre estudios de historia de la historia. El libro, que llevaba un prólogo suyo, se tituló *Estudios de historiografía americana* y agrupaba trabajos de alumnos del Centro tales como María del Carmen Velázquez, Luis González y Luis Muro. Una de las

obras históricas estilísticamente insuperables que apareció por aquellos años fue la de Fernando Benítez, *La vida criolla en el siglo xvi*. Su autor supo recrear, con un no muy grande acopio de fuentes, la sociedad colonial de esa época, la ciudad, la iglesia, las conjuras, los autos de fe, las obras literarias, la encomienda, etc.

Una metodología rigurosa y un acucioso manejo de las fuentes son quizá las características fundamentales de las obras de los dos principales promotores e impulsores de la historia que se ha dado en llamar institucional: el doctor Silvio Zavala y el profesor José Miranda. En rigor, la primera obra de este tipo publicada por El Colegio fue debida a José M^º Ots Capdequí y se titulaba *El estado español en las Indias*. Fue impresa en 1941 y en ella se abordaba el estudio de la legislación hispánica, de las instituciones españolas en América y de las diferentes modalidades que les imponía la pluralidad étnica del continente. Ots Capdequí analizaba la encomienda —seis años después de la publicación del estudio fundamental del doctor Zavala sobre ese tema— y las diferentes instituciones económicas, el régimen tributario, etc. En 1944 con motivo de un concurso salió premiada la única obra presentada que era debida al entonces estudiante Carlos Bosch García. El trabajo fue impreso y llevaba por título *La esclavitud prehispánica entre los aztecas*. En él se abordaba no muy ampliamente un tema que resultaba novedoso. Su autor examinaba la situación económica y social del esclavo indígena y sus relaciones de dependencia. Una de las raras publicaciones del doctor Zavala que aparecieron con el pie de imprenta de El Colegio fue su estudio titulado *Contribución a la historia de las instituciones coloniales en Guatemala* que incluyó en la serie Jornadas en 1945. Como resultado de una amplia investigación, el profesor José Miranda publicó en 1952 una obra que merecería ser reimpressa no sólo por el alarde erudito de que el autor hace gala, sino también por la forma en que trató sus materiales y por la manera como estructuró su trabajo. *El tributo indígena en la Nueva España durante el siglo xvi* acaso sea una de las mejores contribuciones —si no es que la mejor— de El Cole-

gio a la historia institucional. La selección cuidadosa de los documentos y las citas siempre precisas, jamás superfluas, así como una clara exposición de los temas utilizando siempre una prosa rica, maleable y matizada muestran hasta qué punto pueden, en un autor, llegar a conjugarse en una síntesis armoniosa la objetividad científicista y la subjetividad artística. Difícil será para los estudiosos de la historia económica del siglo xvi pasar por alto esta obra. Un estudio metódico del rico acervo documental que guarda el Archivo General de la Nación bajo los rubros de *Bandos, Correspondencia de virreyes, Historia, Ordenanzas*, etc., así como el manejo de algunos manuscritos y con el respaldo de una larga bibliografía y de múltiples lecturas, permitió a la maestra María del Carmen Velázquez "compilar y escribir" una obra que resultaba de gran interés: *El estado de guerra en Nueva España — 1760-1808*. En ella y pese al laconismo del título la autora hacía un estudio completo de las milicias desde la época del marqués de Cruillas hasta la de Iturrigaray y del efecto que provocó su existencia en el creciente sentimiento nacionalista mexicano de la segunda mitad del siglo xviii y primeros años del xix.

Un cierto cambio en el espíritu de las publicaciones se hace sentir en los primeros años de la década de los cincuentas. Vemos en ello la directiva positivista de don Daniel. Siguiendo una vieja tradición decimonónica algunos investigadores se lanzaron con entusiasmo a la tediosa labor de compilar, traducir, anotar y publicar documentos. El Colegio tenía cierta tradición en esa línea con los trabajos de J. M. Miquel i Vergés acerca de la prensa insurgente, los de este autor y Díaz-Thomé sobre los documentos inéditos de Fray Servando y los de Millares Carlo y J. I. Mantecón sobre los protocolos del Archivo de Notarías, todos ellos publicados en la década de los cuarentas. Entre 1949 y 1952 Javier Malagón Barceló, Enriqueta López Lira y José M^º Miquel i Vergés publicaron en dos tomos las *Relaciones diplomáticas hispano-mexicanas — 1839-1898*, interesantes tanto por el periodo que cubren como por los temas que tocan: la vida económica, política y social del periodo más intranquilo y

agitado de nuestra vida independiente. En 1957 Ernesto de la Torre Villar inició la publicación de la *Correspondencia diplomática franco-mexicana — 1808-1839*, continuada con el título de *Versión francesa de México* por la investigadora Lilia Díaz. Esta colección resulta de sumo interés para conocer la actitud de la política francesa ante México. Su importancia puede evaluarse por el uso que los estudiosos de la intervención francesa han hecho de ella. En la reciente y exhaustiva obra de Alfred J. Hanna y Kathryn A. Hanna sobre este periodo de nuestra historia se hace un uso frecuente de esta compilación documental. Con motivo de la celebración del centenario del congreso constituyente de 1857 El Colegio publicó primero la *Historia* y luego la *Crónica* de Francisco Zarco, que no habían sido publicadas en forma completa antes. En 1960 Emma Cosío Villegas prologó y editó el *Diario personal —1855-1865— de Matías Romero* que se inicia con la salida de este personaje de Oaxaca y termina con su gestión en Washington. Ese mismo año se publican las *Estadísticas económicas del porfiriato — Comercio Exterior de México — 1877-1911*. Por último, entre 1960 y 1962, Luis González, Guadalupe Monroy, Luis Muro y Susana Uribe agobiaron pluma e intelecto para compilar las 24 078 fichas que formaron los tres gruesos tomos de sus *Fuentes para la historia contemporánea de México — Libros y folletos* (los tomos de *Periódicos y revistas* aparecerían entre 1965 y 1967 en dos volúmenes que eran resultado de los esfuerzos de Stanley R. Ross).

Tres obras de historia política propiamente dicha aparecieron en este periodo. En 1952 Moisés González Navarro vio impreso *El pensamiento político de Lucas Alamán* que se agotó pronto. En 1955 la siempre afable Nettie Lee Benson dio a las prensas de El Colegio su libro *La diputación provincial y el federalismo mexicano*, trabajo fundamental que rastreaba los orígenes de las ideas federalistas en los primeros años de vida nacional hasta sus orígenes en la constitución liberal de Cádiz de 1812. Por último, en 1960,

David McLean dio a la estampa su *Vida y obra de Guillermo Prieto*.

Al finalizar esta segunda etapa, allá por los años 1965-1966 El Colegio había publicado con su pie de imprenta o con el de la Casa de España en México un total de 224 obras, de las cuales 110, o sea un 49.1%, eran de historia o de temas que de alguna manera hacían uso del método histórico. Desde 1967 nuevas perspectivas se abrieron a la labor editora de El Colegio con la creación del departamento y la comisión de publicaciones, que sin duda han rendido buenos frutos.

La tercera etapa bien pudiera iniciarse con la autobiografía intelectual de Luis González. En la "Nueva Serie" de historia que inicia *Pueblo en vilo — Microhistoria de San José de Gracia*, aparecen representantes de las diversas tendencias que acabamos de enumerar y que al cabo de treinta y cinco años del arranque del Centro, conviven en paz. Ni objetivos puros, ni subjetivos puros, todos de alguna manera hacen solamente historia.

La *Microhistoria de San José de Gracia*, traducida al francés con el sugestivo título de *Histoire universelle de San José de Gracia* y al inglés como *San José de Gracia — Mexican village in transition* le mereció a su autor el premio Haring en 1971. La obra ha hecho correr mucha tinta: más de un centenar de comentarios en forma de reseñas, notas, artículos; desde las recensiones en las revistas históricas más especializadas hasta los comentarios periodísticos de José Alvarado o de Jorge Ibarguengoitia, y ha gozado de un buen número de lectores, que van desde el meticuloso erudito hasta el simple aficionado. Hoy día en que la historia ha ido arrimándose cada vez más al rincón del especialista, en visible deterioro de sus sanas relaciones con el gran público, siempre es grato y refrescante que alguien escriba historia —y buena y documentada y erudita— sin desdeñar ni al sabio ni al hombre común y corriente. Por otra parte (y su autor quizás no coincida con ello), la obra abre una brecha notablemente profunda en dos áreas que habían venido cultivándose con éxito: el de la historia monumental y el de la monografía archiespecializada. En esta época de atomización

cultural, de microanálisis, la musa Clío hubo de guarecerse de los fríos guarismos y acaso esté ahora refugiada en una historia micro y macro a la vez y que revela en su autor la esencia de un historiador: el amor al pasado y al terruño. *Pueblo en vilo* resume y compendia un cierto tipo de historia política, social, institucional, económica y urbana, a ratos biográfica y a ratos anónima. No desoye a sus congéneres, las otras historias locales y particulares, pero va más allá, pues su autor creó un estilo personal, maduro y equilibrado, donde campean humor y desenfado, esas dos difícilísimas cualidades del buen escritor que tras una suave prosa oculta obstáculos insospechados. Voltaire decía que los libros de los ingleses eran mejores que sus autores, y pensamos que en el caso presente quizás se pudiera invertir la ecuación.

La colección se ha enriquecido con trabajos que han hecho incursiones en áreas casi inexploradas en nuestro medio. Dos obras de geografía económica han aparecido en la colección; la primera objetiva, clara y documentalmente rica debida a Alejandra Moreno Toscano se titula *Geografía económica de México — Siglo xvi* y vio la luz en 1968. La segunda, que tuvo como editor a Álvaro Jara, apareció en el año de 1973 y se intituló *Tierras nuevas*. Ahí aparecen estudios de éste autor, de Rolando Mellafe, de Roberto Cortés Conde y de Enrique Florescano, entre otros.

La historia económica ha merecido los cuidados de dos eminentes investigadores. Enrique Florescano nos dio en 1969 un estudio novedoso y original (y recordamos el elogio que le hizo François Chevalier en la III Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos reunidos en Oaxtepec en noviembre de 1969), al que puso por título *Precios del maíz y crisis agrícolas en México — 1708-1810*. En esta misma línea caen los trabajos de Jan Bazant, quien en 1968 nos ofreció su *Historia de la deuda exterior de México*; en 1971 *Los bienes de la iglesia en México* (que fue traducida al inglés y le mereció a su autor el premio Sahagún) y hace apenas unos meses sus *Cinco haciendas mexicanas*. Cabe mencionar que en todos estos estudios este acucioso y metó-

dico autor hace uso de fuentes de primer orden analizadas y criticadas con agudeza. No emite juicios superfluos o aventurados y aunque en alguna ocasión contestó en una entrevista periodística que no creía en las teorías *generales* de la historia, varios de sus amigos y colegas desearían que alguna vez, saliéndose de su habitual y prudente circunspección, nos hablase de su teoría *particular* de la historia de México.

Cuando Salvador Novo, entonces cronista de la ciudad de México, quiso escribir su *Historia de Coyoacán*, se encontró con algunos problemas que difícilmente hubiese podido solucionar si afortunadamente no hubiere caído en sus manos el libro titulado *El marquesado del Valle* de Bernardo García Martínez. Esta obra, que ha sido pródiga veta para los trabajos de otros autores que ni siquiera se han tomado la pena de citarla y que, correspondiendo a su delicadeza, tampoco yo mencionaré aquí, es una excelente investigación acerca del señorío cortesiano, de su historia, de su demarcación geográfica, de su jurisdicción y de su estructura jurídica y económica. La obra no desmerece entre el selecto grupo de trabajos de historia institucional que ha producido el Centro, tales como los del doctor Silvio Zavala o el maestro José Miranda. A este último algunos alumnos del CEH le dedicaron en 1970 un merecido libro de homenaje (parecido al que años antes se le había dedicado al doctor Zavala con el título de *Estudios históricos americanos*) al que se le tituló *Historia y sociedad en el mundo de habla española*. Entre las muchas y valiosas contribuciones de distinguidos autores a este homenaje sólo mencionaremos, como de singular interés, la de Luis Muro, "La expedición Legazpi-Urdaneta a las Filipinas"; la de Luis González sobre los informes presidenciales y la de Berta Ulloa sobre Taft y los antimaderistas. En 1971 nos obsequió esta última autora con un libro fundamental, exhaustivo y particularmente documentado titulado *La revolución intervenida*.

Gracias al empeño de Berta Ulloa, de Josefina Vázquez, de Susana Uribe, de Luis Muro y de Luis González el Centro de Estudios Históricos publicó un homenaje a don Daniel Cosío Villegas que apareció con el título de *Extremos*

de México. Ahí se incluyen dos buenas semblanzas de don Daniel, una debida a Antonio Alatorre y otra a Enrique Krauze así como una cronobibliografía elaborada por Susana Uribe, amén de varios artículos debidos a Luis González, Moisés González Navarro, Romeo Flores, Jean Meyer, Lorenzo Meyer, Luis Muro, Mario Ojeda, Rafael Segovia, Berta Ulloa y Josefina Vázquez entre otros.

Fruto de sus desvelos en libros de texto, en historias patrias y en varios libros escolares de este siglo y del pasado (algunos de ellos conseguidos gracias al ojo perspicaz de Luis Muro), Josefina Vázquez, publicó en 1970 su *Nacionalismo y educación en México* que mereció reeditarse el año pasado. En esta línea cae también la obra de José María Kobayashi, quien en 1974 vio en letras de molde su tesis doctoral a la que puso por título *La educación como conquista*.

Dentro de la historia política del siglo XIX dos son los estudios fundamentales publicados recientemente por el Centro. El primero es debido a los esfuerzos del colombiano Fernando Díaz Díaz quien aplica conceptos extraídos de las teorías de Max Weber para poder clasificar sus *Caudillos y caciques* y el segundo a los del abrumadoramente erudito Moisés González Navarro quien dio a la luz la historia de la guerra de las castas en Yucatán con el título de *Raza y tierra*. También conviene mencionar el libro de Romeo Flores Caballero intitulado *La contrarrevolución en la independencia*.

Dentro del campo de la historia de las ideas Javier Ocampo nos reseñó en *Las ideas de un día* el entusiasmo nacionalista al día siguiente de la consumación de la independencia, y Germán Cardozo Galué en su *Michoacán en el siglo de las luces* rastreo los semiocultos y no bien estudiados orígenes de la ilustración mexicana en sus manifestaciones intelectuales, políticas, económicas y religiosas en una de las zonas más efervescentes de la segunda mitad del siglo XVIII. Por último, el que esto escribe publicó en 1974 un libro titulado *Ciencia y religión en el siglo XVII*.

Después de hurgar varios años metódica y sistemáticamente en los viejos y mal cuidados papeles del Archivo General de la Nación, la maestra María del Carmen Veláz-

que nos dio su historia del *Establecimiento y pérdida del septentrión de Nueva España*, que viene a corregir y a enfocar correctamente muchos de los falsos presupuestos históricos sobre los que se asentaban las razones de la pérdida de más de la mitad del territorio nacional en la guerra de 1847-1848 (conviene señalar que la autora deja al lector esta conclusión como mera cortesía). Por otra parte este libro —que consideramos por el momento difícil de superar— insiste en la necesidad de evaluar convenientemente el siglo XVIII a efecto de poder comprender sin deformaciones ópticas el siglo siguiente.

Indispensables como instrumentos de trabajo son las ocho publicaciones sobre *Bibliografía histórica mexicana* debidas a los trabajos de Susana Uribe, lamentablemente desaparecida de entre nosotros en agosto del año pasado. A Luis Muro debemos el *Índice* de Historia Mexicana, imprescindible para su consulta y manejo.

Uno de los pocos "best-sellers" de El Colegio ha sido la *Historia mínima de México* en la que colaboraron varios autores: don Daniel, Ignacio Bernal, Alejandra Moreno, Luis González y Eduardo Blanquel. Pronto verán también la luz dos obras a las que auguramos buena acogida por parte del público estudioso: una *Historia general de México* en cuatro gruesos volúmenes, hecha con colaboraciones de miembros del Centro y de otras instituciones, y una historia de México desde la revolución hasta 1964 coordinada y dirigida por don Daniel y por Luis González.

Si bien para 1972 el total de obras publicadas por El Colegio era de 280, de las cuales 125, es decir un 44.6% versaban sobre temas históricos, para septiembre de 1975 las publicaciones habían ascendido en número a 331 de las cuales 143 o sea un 43.2% eran obras de carácter histórico. Conviene mencionar que gracias a que el actual jefe de publicaciones, Alberto Dallal, posee un genio inquisitivo e hipercrítico, ha sido posible mejorar la calidad de las publicaciones, tanto en el formato y en las portadas de las ediciones como en su tipografía.

La publicación de las Jornadas ha llegado hasta el nú-



María del Carmen Velázquez



Josefina Zoraida Vázquez

mero 79, y entre ellas cabe mencionar el trabajo de Moisés González Navarro titulado *Sociología e historia en México*; el de Jorge A. Lozoya sobre *El ejército mexicano — 1911-1965*, y el de Ivette Jiménez de Báez sobre la *Lírica cortesana y la lírica popular actual*. Esta última autora, en compañía de Margit Frenk, ambas del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios dieron a la luz una obra de deliciosa lectura titulada *Coplas de amor del folklore mexicano*. Carlos H. Magis publicó en 1969 su libro *La lírica popular contemporánea* y el año pasado apareció una obra, patrocinada por ese mismo Centro, que merece ser colocada entre las mejores ediciones en toda la historia de El Colegio: *El cancionero folklórico de México*, que inicia una serie de cinco volúmenes con las *Coplas del amor feliz*. Esta espléndida obra nos hace recordar las viejas épocas del *Cancionero de Upsala* y de un otro Colegio posiblemente hoy ya casi desaparecido.